

Delfín Carbonell Basset

B.A. Duquesne University

M.A. University of Pittsburgh

Licenciado y Doctor en Filología, Universidad Complutense

DICCIONARIO DE CLICHÉS

Manual-guía de la principal y actual fraseología tónica castellana, con lugares comunes, locuciones inertes, símiles manidos, metáforas muertas, modismos trillados, bordones conversacionales, colocaciones huera y partículas expletivas; cómo identificarlos, evitarlos y, quizá, erradicarlos; documentados históricamente con citas literarias y periodísticas

Prólogo de

José Jiménez Lozano

Premio Cervantes 2002

Ediciones  del Serbal

ÍNDICE

Símbolos y siglas	6
Dedicatoria	9
Prólogo de José Jiménez Lozano	11
Introducción	15
Diccionario de clichés	25
Bibliografía	469

Prólogo

José Jiménez Lozano
Premio Cervantes

Los lugares comunes y el lugar de uno mismo

Quien habla o escribe lo hace ineluctablemente de dos maneras, o mostrando ante la lengua dos actitudes diferentes, utilizando en realidad dos formas de hablar, dos lenguajes: el meramente comunicativo, o instrumental para hacerse entender, el lenguaje *ahí-a-la- mano* que dice Heidegger, o el lenguaje que nombra, y por lo tanto, es un lenguaje que va más allá de la mera comunicación y posee una resonancia en el ánimo y en la mente de quien lo habla o lo escribe, y en quien lo escucha o lee. Y tal sería, por ejemplo, el lenguaje del yo que ama, sufre, siente alegría o hace confidencias, el de la inteligencia que nombra el mundo para desvelar lo real, o el lenguaje poético o literario. Necesariamente ha de ser éste un lenguaje distinto, buscado, y regido por el cuidado de la verdad de lo que nombra; y entonces huirá, también necesariamente, del lenguaje comunicativo común.

En el caso de este lenguaje, nuestra única razón de hablar o escribir es la de comunicar, y, por lo tanto, el cuidado de la inmediata eficacia de esta comunicación; de manera que va de suyo entonces que, para ello, echemos mano de los instrumentos lingüísticos ya estereotipados que están en el lenguaje comunicativo común, con sus fórmulas ya hechas y continuamente repetidas; esto es, los lugares comunes o clichés del habla. No pretendemos otra cosa que esa mera comunicación de externidades o meramente funcional. Pero ese lenguaje instrumental y sus lugares comunes no nos sirven para comunicar nuestro propio lugar singular en el mundo, ni nuestro mundo interior, ni lo que vemos y experimentamos desde él, como decía.

En el plano literario, cabría añadir, además, que el uso del lugar común no sólo se revela, enseguida, como lenguaje impostado y no significativo, sino también que, de hecho, torna así todo el texto, a poco que esos lugares comunes se prodiguen este mismo carácter. Y esto es lo que ocurriría, asimismo, con el lenguaje propio de la confidencia y de la expresión en el plano más profundo, si en este orden de cosas se empleasen esos lugares comunes; es decir, que esos clichés rebajarían ese lenguaje más profundo a la condición de una mera comunicación funcional. Una prueba de ello está al alcance de todos nosotros, si pensamos en una situación como aquella en la que deseamos vivamente mostrar una muy especial condolencia a alguien, y enseguida nos percatamos de que los lugares comunes del lenguaje que están ahí para esos casos no nos sirven, y, entonces, preferimos callarnos, y apretar cálidamente la mano de la persona a quien queremos manifestar ese verdadero y específico sentimiento de pesar.

Algunas, bastantes, o muchas incluso, de esas fórmulas lingüísticas que se han tornado lugares comunes serán a veces inevitables, por la sencilla razón de que son

decideras, plásticas, o enfáticas, y no solamente en el lenguaje comunicativo, sino, ocasionalmente, para expresar o comunicar la interioridad más profunda y nombrarla. Y pensemos, por ejemplo, en fórmulas como *estar en un pozo* o *atravesar una noche*, que se utilizan a todos los niveles, y en todos los idiomas, porque el imaginario de la especie es universal y con él expresa unas mismas experiencias anímicas o espirituales con referencia a la fisicidad de otras experiencias igualmente universales. Pero, en realidad, no son estas locuciones lugares comunes ni clichés, porque hasta en el lenguaje puramente comunicativo no son fórmulas instrumentales, sino significativas. El lugar común es pura fórmula lingüística, muerta o desgastada ya, y que así se emplea, como puro apoyo lingüístico porque no se es capaz de utilizar el decir propio, o no se quiere hacerlo, o lo que decimos es también algo puramente instrumental, o se acude a tal expresión hecha demandándola que dore nuestro lenguaje como fórmula que, a los ojos de quien habla o escribe, posee incluso una vitola de distinción. Y esto es lo que ocurre, por ejemplo, en el caso de la locución *claridad meridiana*, que viene siendo prestigiosa quizás por los ecos del latino *meridies*, y quien la utiliza piensa seguramente menos en iluminar la afirmación que está haciendo que en manifestar su propio *status* supuestamente alto-cultural con un vocabulario que cree que es escogido. Las gentes corrientes suelen decir, sin embargo, *como la luz del día*, que sin duda es una fórmula perteneciente a ese imaginario universal al que acabo de referirme; y podríamos decir que se halla en la misma relación con el cliché *claridad meridiana* que *lo que pasa en la calle* con *los eventos que acaecen en la rúa*, en el comentario de don Antonio Machado acerca de la primera expresión que es realmente la exacta, y la poética. *Luz del día* es el lenguaje verdadero, *claridad meridiana* el lenguaje instrumental y *ahí-a-la-mano*, necesariamente construido con expresiones hechas, recibidas, y tópicas.

Otras veces, esos lugares comunes lingüísticos se han instalado en nuestra habla y en nuestra escritura porque cumplen funciones sintácticas, o resultan tautologías o redundancias muy plásticas o efectistas, que difícilmente se renuncian. Y tanto es así, que lo verdaderamente aterrador de todo este asunto es que los clichés o lugares comunes, que este diccionario muestra que han llenado y siguen llenando el lenguaje hablado o escrito, nos hacen preguntarnos si una inmensa parte de él –porque el aparato documental y de atención a la oralidad o de investigación bibliográfica es, a este efecto, verdaderamente impresionante– no sería un mero lenguaje impostado, de lugares y referencias lingüísticas comunes y, por lo tanto, realmente no significativo, o simplemente mendaz, y de mendacidad convenida, como cuando subrayamos, para justificar una locución, cuya inexactitud es demasiado obvia, que *esto es lo que se dice en estos casos*.

De este modo, este diccionario de Delfín Carbonell Basset resultará un necesario y leal avisador de que estamos ante un cliché o lugar común del lenguaje con todo su peligro de no significatividad, de pereza o impotencia del decir, e incluso de mendacidad, como decía; y que entonces debemos detener ahí nuestra lengua o nuestra pluma para rechazarlo pura y simplemente, o para sólo permitirnoslo con plena cautela, y sin peligro para la verdad y exactitud del nombrar verdadero. O, lo que es lo mismo, para que nuestro lenguaje sea el nuestro propio, el lugar de expresión de nuestro yo, y de este modo nos respetemos a nosotros mismos, y a quienes nos escuchan o nos leen.

Y el asunto importa también mucho, e incluso de manera decisiva, a nuestra convivencia –Mandelstam pedía que la gramática se considerase un asunto moral, pensando en la política precisamente– porque aquélla, como nuestro vivir verdadero, se hace igualmente con palabras verdaderas de cada uno de nosotros, y el debate de la cosa pública tampoco será significativo, o hasta puede tornarse perverso, si está hecho de verborrea, o palabreo de palabras o clichés verbales, etiquetados y muertos.

José Jiménez Lozano

Introducción*

“La obra de caridad más propia de nuestro tiempo: no publicar libros superfluos.”

José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*.

“Así que lejos de constituir una forma de tortura [...], representan el triunfo de la tradición humanística. Las notas al pie evitan interrupciones en la lectura, otorgan autoridad al texto, confunden a los censores, refutan a otros estudiosos y constituyen un cuerpo crítico que la posteridad podrá utilizar para inventar su propia tradición. De ahí que la decadencia de Occidente no se haga patente en el famoso choque de civilizaciones, sino en algo más sutil y dramático: la masiva sustitución de las notas al pie de página por notas perdidas al final de los libros.”

Manuel Lucena Giraldo, ByN Cultural,
7/8/2004.

Solicito de nuevo los servicios bibliográficos de la siempre gentil y encantadora Ariadna, de la Biblioteca Nacional de Madrid¹, y me dice, ruborizándose, que no tiene diccionarios de clichés en lengua castellana y que la palabra cliché, en un título, aparece –¡qué casualidad!– en un diccionario mío: *A Phraseological Dictionary, phrases, expressions, locutions, clichés, idioms, sayings...*²

Veamos: un cliché es una plancha de metal para imprimir imágenes o texto una y otra vez. Esta repetición es la que ha dado origen a la acepción de la palabra que es tema de nuestro estudio en este libro³.

* Parte de esta introducción apareció en Cuadernos de Fraseología Galega 7, 2005 (63-84), con el título de “O clixé e a fraseoloxía tópica española”, bajo el cuidado del gran fraseólogo Xesús Ferro Ruibal, a quien agradezco sus atinadas y eruditas observaciones. La traslación a la lengua gallega es de Marta M^a Rodríguez Añón.

¹ Ariadna me ayudó mucho cuando compuse mi *Diccionario panhispánico de refranes de autoridades*. Esta comprobación en el catálogo la hago en enero del 2006.

² Y no será porque no han empleado la palabra eminentes filólogos como Samuel Gili Gaya: “Resulta, pues, que la forma del subjuntivo penetra en el habla infantil por el ancho cauce que le abre la repetición mecánica de para que como fórmula cliché lingüístico prefabricado...” *Discurso de recepción en la Real Academia Española. Imitación y creación en el habla infantil*, 1961

³ “Le mot cliché, par ses références à l'idée de reproduction photographique à l'infini possible [...] fut ensuite réservé à la forme, à l'expression stéréotypée et vulgarisée.” Y. Gauraud, “Les lieux communs”, Google, 2005.

En lenguaje se denomina cliché a una especie de metáfora, conjunto de palabras unidas, modismos o locuciones que se caracterizan por su uso y empleo excesivo en lenguaje, oral o escrito, que lo convierte en una expresión rutinaria, manida y vacía que queda como lugar común. La palabra está recogida en el diccionario de la Academia⁴. “En su forma más venial el clisé es una frase hecha y rehecha mil veces para otros contextos. El único mérito está en el diseño original”⁵. Para Eric Partridge “Un cliché es un lugar común gastado; una frase (o frase virtual) tan trillada que los conferenciantes y escritores escrupulosos la evitan porque creen que usarla es un insulto a la inteligencia de su interlocutor o audiencia, lector o público”⁶.

Una frase afortunada, nueva y descriptiva en su momento, que cae en gracia y la adoptan todos y se repite y va de boca en boca, de pluma en pluma y se torna en cliché, una expresión casi inane que ha perdido su frescura y tiene ya escasa razón de ser. Dijo Fernando Lázaro Carreter en uno de sus *ardos*: “... ese repertorio de acuñaciones idiomáticas que suplen todo esfuerzo por su repetición automática. Es en extremo vulgar precisamente por eso, por su frecuencia, por su reiteración monocorde e invariada”⁷. Y el Sr. Miguel dice: “Una metáfora es siempre un descubrimiento, un enriquecimiento del lenguaje. El problema está en su rápida depreciación. La repetición mecánica de la nueva imagen acaba por empalagar”⁸. Pero toda frase tiene como origen una expresión individual, anónima, que se populariza, como ya apuntó Karl Vossler: “Una expresión hablada se origina de una actividad individual, pero se naturaliza cuando los otros la consienten, la aceptan, la repiten, ya conscientemente, con un proceso de creación, modificándola, corrigiéndola, debilitándola o fortaleciéndola”⁹.

Una fórmula verbal, una frase hecha se puede convertir, a fuerza de repetirse, en un lugar común, en un “cliché lingüístico prefabricado”, en una frase estereotipada. Y en vez de expresar nuestras ideas con nuestras propias palabras, lo hacemos con locuciones, con expresiones prestadas o robadas, que hemos leído o escuchado sin parar a pensar si tienen algún sentido o si son hueras e inertes. Ya dijo el Dr. Sheehan: “Soy una prueba viviente de que se puede pasar por la vida utilizando sólo palabras prestadas...[...] Me resulta por tanto difícil hablar sin citar las palabras de algún otro”¹⁰. Y esto lo expresó muy bien Camilo José Cela: “Sería buena cosa que los españoles se pusieran de acuerdo para hablar con palabras y no con frases, cutre y mala costumbre a que le han empujado la frecuentemente escasa formación y raro gusto de quienes hablan en voz alta: políticos, periodistas, locutores de radio

⁴ *Dictionnaire Hachette*, 99, CD-ROM: “Cliché. 3. fig. péjor. Idée, phrase toute faite et banale que l'on répète.” *Random House Webster's Unabridged Dictionary*: “Cliché. a trite, stereotyped expression; a sentence or phrase, usually expressing a popular or common thought or idea that has lost originality, ingenuity, and impact by long overuse...”

⁵ Amando de Miguel, *La perversión del lenguaje*, 1994.

⁶ “A cliché is an outworn commonplace; a phrase (or virtual phrase) that has become so hackneyed that scrupulous speakers and writers shrink from it because they feel that its use is an insult to the intelligence of their auditor or audience, reader or public.” *Usage and Abuse*, 1947.

⁷ *El dardo en la palabra*, 1985.

⁸ *La perversión del lenguaje*.

⁹ *Positivismo e idealismo en la lingüística*, 1904.

¹⁰ *Dr. Sheehan on Running*, 1982.

y televisión, etcétera. La frase suele caer en el tópico, que a veces hasta se fomenta, con lo cual se suma un curioso valor añadido a la necesidad”¹¹.

El cliché puede ser un símil, un modismo, una simple frase, un refrán, que se convierte en una muletilla o una especie de bordón conversacional carente de sentido. Así, cuando decimos “ni que decir tiene que...” y a renglón seguido (cliché) decimos lo que no es necesario decir: “Ni que decir tiene que es muy inteligente”¹².

La fraseología tópica ha sido poco estudiada, pero ahora tenemos aquí material suficiente para hacerlo. Varios autores afirman que las unidades fraseológicas son siempre fijas, y yo añado: hasta que dejan de serlo; hasta que los hablantes introducen cambios¹³. Esto me recuerda las mutaciones anuales del virus de la gripe¹⁴.

“Correr un tupido velo” fue en su tiempo un acierto, pero ya no lo es. Es ahora una expresión que huele a tocino pasado, rancio. Decir “estoy en un mar de dudas”, o “un sol de justicia” o “más pobre que las ratas” o “acoso y derribo” o esa “asignatura pendiente”, o hablar de la “cruda realidad” puede implicar que somos perezosos, ignorantes o que simplemente nos falta imaginación. Decía Eric Partridge: “En cuanto al cliché, me atrevo a decir que estamos todos de acuerdo. La rapidez les anima pero con más frecuencia brotan por pereza mental”¹⁵. También puede indicar que no nos importa cómo nos expresamos y que lo hacemos de cualquier manera, sin personalidad ni gracia, de manera mecánica y repetitiva que paraliza el pensamiento, apelmazándolo, embotándolo y acortando su horizonte¹⁶. “... pensamos con el idioma; si se usa mal, pensaremos mal; y si lo cambiamos pensaremos con aquellos con quienes no nos gustaría pensar.” Nos dice Fernando Lázaro en un *darde* de 1975. Y, ya puesto, cito a Frank Binder que nos dice en

¹¹ ABC, 26/12/1993.

¹² “... una lengua hecha de frases preacuñadas para transmitir ideas archipodridas...”. Julio Cortázar, *Rayuela*, 1963.

¹³ Ver el interesante trabajo de Leonor Ruiz Gurillo, *Aspectos de fraseología teórica española*, 1997, donde se citan a esos varios autores. También “Las expresiones fijas en español: perspectivas teoricodescriptiva y aplicada”, del profesor Juan Martínez Marín, Gramma-Temas, 1992.

¹⁴ Forzosamente debo citar a los que no lo tienen muy claro, o no creen en el cliché, como Ignacio Bosque, que dice en la Introducción a *Diccionario REDES*: “...existen además en el idioma ciertas rutinas, determinados clichés y algunas tendencias que nos llevan a poner juntas ciertas palabras con una frecuencia mayor de la que se observa en otras agrupaciones. En mi opinión, los conceptos que destaco en cursiva distan mucho de ser diáfanos. Se trata, desde luego, de observaciones muy comunes, pero este punto de vista tan extendido parece dar por sentado que tenemos claras las fronteras que existen entre los sistemas y los hábitos, entre las coordenadas que limitan las propiedades gramaticales y semánticas de las palabras, por un lado, y los estereotipos, las modas, las influencias, los calcos, los gustos y las tradiciones, por otro. ¿De verdad sabemos distinguir con tan extraordinaria nitidez lo sistemático de lo habitual, la necesidad de la costumbre?”. Espero que este trabajo mío demuestre que sí, aunque no sea con “extraordinaria nitidez”, que en cuestiones idiomáticas es mucho pedir.

¹⁵ “As to the cliché. I daresay we are all in agreement. Haste encourages them but more often they spring from mental laziness.” *Usage and Abuse*, 1947.

¹⁶ “... lema irrefutable, de frase hecha, a la que se llega con ese apelmazamiento del lenguaje, tan abundante en nuestro tiempo, que nos impide pensar y nos paraliza la inteligencia.” Emilio Lledó, “La cólera de los imbéciles llena el mundo”, *El País*, 1/3/2003.

su *Dialectic*, de 1932: "There is no bigger peril either to thinking or to education than the popular phrase" ¹⁷.

Algunos clichés aparecieron en el siglo dieciocho y diecinueve y siguen vigentes, como "a renglón seguido" y otros, "a bote pronto" o "ser de juzgado de guardia" son de reciente invención y muy celebrados.

Debo confesar (otra frase hecha) que a pesar de lo dicho no condeno el cliché, ni creo que debemos hacer de inspectores de la lengua, acosando o prohibiendo maneras de hablar o de escribir¹⁸. Este libro sólo trata de explicar su significado, a veces sus orígenes y dar ejemplos de uso y abuso (cliché) por medio de citas ilustrativas de varios autores que nos dan una idea de lo extendido que está el cliché en español, que ha sido poco estudiado porque no se le reconoce como tal y pasa desapercibido, casi de puntillas y llegamos a creer, a fuerza de escucharlo que es normal y aceptable y desde luego de uso corriente. Julio Casares admitía: "...la cruzada contra el imperio del cliché, cruzada que también nos vino de fuera, y que propugna el exterminio de todos los ayuntamientos verbales que se han convertido en rutina. Yo mismo he participado en esta campaña, véase mi *Crítica profana*..."¹⁹. Y el catedrático de Historia de la Lengua de la Universidad de Salamanca y crítico literario del semanario *El Cultural*, Ricardo Senabre, es mucho más contundente y represivo: "Que gentes de escasa competencia idiomática (sic) digan o escriban un disparate no autoriza a darle entrada en un diccionario" ²⁰. Siendo así que podríamos decir que el idioma es precisamente la historia de "disparates" lingüísticos expresados por gente de "escasa competencia idiomática", que somos todos, o casi todos. Pero va mucho más lejos, si cabe, Álvaro Pombo, de la Real Academia Española, cuando dice: "O hacemos una revolución o acabamos bajando el nivel del lenguaje" ²¹. No es asunto del lexicógrafo hacer cruzadas de exterminio, como ya he dicho en ocasiones, contra maneras de expresarse o contra vocablos. La cultura es la que se

¹⁷ "No hay mayor peligro para el pensamiento o para la cultura que la frase popular." Traducción mía.

¹⁸ Fernando Lázaro Carreter es el que más critica el uso del cliché y es su enemigo, y cree que son los periodistas los culpables de su uso. "Los periodistas caen continuamente en clichés de la jerga profesional que empobrecen la lengua. ¿Por ejemplo? Repetir continuamente "en otro orden de cosas". Parece que uno ya no es periodista si no dice "en otro orden de cosas." Los grandes periodistas son los que se apartan del cliché y crean su propia lengua...". Fernando Lázaro Carreter, *Babelia*, *El País*, 13/10/2001.

¹⁹ *Introducción a la lexicografía moderna*, 1950.

²⁰ *El Cultural*, *El Mundo*, 10/10/2001. En su excelente *The Art and Craft of Lexicography*, Sydney Landau nos habla de este problema y dice algo muy importante: "Popular commentators on usage are now more likely to be newspaper or television journalists, authors, literary critics, or professors of literature, but the tone of moral outrage has not changed. Verbal solecisms are frequently denounced as if they were morally indecent, not just trivial errors but fundamental assaults on dignified communication and tradition of human civilization".

²¹ *La Razón*, España, 20/12/2002. No sabemos qué tipo de revolución pide, pero supongo que, como todas las revoluciones, será represiva. La cita completa es: "Pombo hizo ayer alusión a la tragedia del *Prestige* en Galicia para explicar la situación a la que pueden llegar las cosas si no se cuidan: 'Así es como se acaba si se dejan navegar esos barcos, irresponsablemente, por el mar (sic); y así es como puede acabar también la lengua'. Y después subrayó: 'O hacemos una revolución o acabamos bajando el nivel del lenguaje.'".